



Sobre infancias: Los niños de nadie

Jensy Calderón
Mg. en Desarrollo Educativo y Social
jensy.calderon794@educacionbogota.edu.co

Resumen:

En cuanto terminé de enunciar la forma, dirección y posición que exigen cada uno de los diversos retos que hacen parte del circuito de movimiento dispuesto para la clase, uno de los niños se acerca apresuradamente para entregarme un carro de juguete, pidiendo que se lo cuide. No tenía un bolsillo disponible así que este carro se quedó en mi mano.

Los niños y niñas suelen emocionarse transitando por el circuito, les encanta moverse y disfrutan

mucho que las actividades sean retadoras, se lo toman en serio y se esfuerzan por acomodar su cuerpo, pensar, respirar, intentarlo varias veces hasta conseguir movimientos cada vez más complejos. Es entrañecedor ver sus expresiones de asombro y sus ojos llenos de brillo cuando sus miradas se encuentran con la mía; es una oportunidad única en la que mi rostro les refleja su misma expresión y, mis palabras de felicitación les corrobora -a sí mismos- que han logrado realizar un movimiento que al principio se les presentaba difícil.

Estoy recorriendo el lugar intentando pescar esas miraditas cuando se acerca silenciosamente Santiago.

Con su mirada puesta en el carro de juguete me pregunta de forma tímida y con la voz un poco apagada si puedo prestarle el carro. Santiago es un estudiante nuevo y noto en su timidez un esfuerzo por lidiar con la novedad del cambio (colegio, maestras, compañeros) y entiendo que solicitar un objeto es una manera de hacerse un lugar.

Le comento que el carro es de otro niño, pero que podría prestarle uno de mis juguetes. Nos acercamos a la caja que dispongo con juguetes y diversos objetos, le digo que puede escoger uno de ahí. Emocionado se interesa por un carrito de plástico que está un poco desbaratado y al tomarlo en sus manos me mira y

dice: *jazul! Mi color favorito*. Como no lo conozco me genera mucha curiosidad, así que estoy atenta a observar algo de él durante la clase. Me doy cuenta de que recolecta objetos pequeños, los guarda en los bolsillos de su sudadera.

Es una colección importante para él, pues se asegura de revisar el contenido de sus bolsillos a cada instante, deteniéndose algunas veces, para observar el piso a su alrededor, como asegurándose de que los objetos elegidos permanezcan en su lugar y, otras veces, introduciendo las manos en sus bolsillos mientras se permite sentir que siguen ahí, como dejándose tocar de su propia colección. Un juego que él mismo ha inventado para sentirse a gusto en la escuela. Atesora pedacitos de plastilina, lentejuelas, algodón, trocitos de papel y tiras de lana, como si fuera un artista que intenta crear una obra de arte.

La clase terminó, pero mi curiosidad seguía encendida. Quería saber un poco más acerca de Santiago.

Su docente titular me comentó lo que había visto en él, que era cariñoso, inquieto, muy curioso y le encantaba narrar historias largas con finales felices. Me dijo, además, que Santiago se encuentra en un proceso llamado *“restitución de derechos”* y este procedimiento de protección impide que el colegio pueda saber más acerca del niño, excepto que le fue retirada la custodia a sus padres, que vive en una fundación que alberga a niños en esta misma situación, que no hay una persona específica con la que se pueda conversar sobre él y que -al parecer- no se puede hablar sobre el niño por esa situación que le acontece.

Esto se experimenta como si saber y hablar de él fuera riesgoso o peligroso. Un niño que ha sido despojado de todo (familia, derechos, etc.) incluso de la posibilidad de ser nombrado extiende con detalles

sus narraciones como un intento por poner su voz para llenar desesperadamente un silencio.

Es una situación muy confusa, lamentable, además, que no le suceda únicamente a él. A lo largo de este año escolar varios niños y niñas han pasado por dicha situación, no exactamente igual por supuesto, pero sostienen algo en común: la premisa de que no se puede hablar de los niños que se encuentran en proceso de restitución de derechos.

Algunas veces estos niños vienen de transitar de un lugar a otro, por lo que se puede advertir que estarán muy poco tiempo en el colegio, como un niño que a sus cuatro años

ya había estado en tres hogares de paso, cuatro colegios diferentes y cuando por fin logra sostener un vínculo afectivo con las personas del colegio, es retirado repentinamente porque ahora vivirá en otro hogar de paso, en otra localidad y requiere de otra institución educativa; duró apenas dos meses en el colegio. O, una niña que después de vivir un suceso aterrador en su hogar, es separada de sus padres, puesta al cuidado temporal de una tía, quien la matrícula en la institución y se esfuerza para que la niña se sienta bien, porque sabe que a sus cuatro años de vida ha tenido que fijar en su memoria un suceso imposible de entender.

»



La niña, que disfruta asistir al colegio, tener amigas, cuidar a los más pequeños, contar historias, inesperadamente deja de asistir, su maestra titular se entera que la madre ha reclamado la custodia y el procedimiento la lleva a ser puesta en un hogar comunitario; en una zona de tolerancia, en otra localidad, otra casa, sola. Un procedimiento legal en el que la niña dejó de hablar.

He tenido de cerca varios niños y niñas en esta situación particular, en la que sus historias sobreponen la realidad y no hay manera de imaginar o entender lo que han vivido, como si sus vidas tuvieran que ubicarse del lado del realismo mágico para poder ser vividas. Pedazos rotos de una historia que no tiene quien la ayude a hilar, datos sueltos, sin precisión porque no se puede hablar de ellos por su protección.

Ser nombrado y hablado por los otros es fundamental para el desarrollo integral de un niño, de hecho, buscan que se hable de ellos, preguntan, narran, cantan, juegan y hasta son inquietos como una suerte de estrategia para que los otros digan algo, así sea que digan que son canciones, pero que digan, en ese decir se pone en juego la existencia misma. Lo que se hable sobre ellos ayudará en la construcción de su yo, de un modo en el que decir es hacer un lugar para el sujeto. En la escuela los primeros lugares son personas, las mismas que miran, escuchan y dicen algo sobre cada niño. Es ahí donde se tejen los vínculos de afecto que fundan un lugar acogedor.

Ese silencio que se esparce sobre ellos resulta ensombrecido. Si bien se les han vulnerado sus derechos y están en una condición de alta fragilidad, lo más estable que tienen

es el colegio, pero no se puede saber tranquilamente acerca de sus vidas, ni se puede hablar de ellos, porque están bajo protección de derechos. Como si esta advertencia fuera una especie de letrero en el que literalmente se protege al derecho y no al niño o niña que adviene como sujeto, parecen objetos de garantía (se mueven de un lugar a otro hasta que den con un lugar que los tenga o los quiera tener) y no tanto sujetos de derecho, entre otras cosas porque ser sujeto exige ser reconocido en su singularidad, incluyendo las condiciones específicas que van afectando su vida.

Ese tiempo que pasan en el colegio en donde comparten con amigos, juegan, se divierten, se hacen a una identidad, van encontrando un lugar en el mundo y en donde pueden habitar su propia niñez, muchas veces se ve arrebatado por un procedimiento protocolario. Esto es, no se evalúa qué es mejor para cada niño y niña haciendo zoom en cada una de sus vidas, sino que impera un procedimiento que es igual para todos, en el que, si bien para algunos puede funcionar, para los que no, se convierte en la angustia de ser los niños de nadie.

Santiago consiguió habitar el colegio en unas pocas semanas. Una manera muy singular de habitar un lugar, en la que se refería a las personas como suyas (mi maestra, mis compañeros) e iba dejando objetos de afuera que traía en sus bolsillos, como si estuviera tejiendo la pertenencia con sus propias colecciones.

Un día Santiago llegó a la clase con un dibujo de Sonic que él mismo había coloreado y recortado en un lugar distinto al colegio. Cargo ese trozo de papel durante toda la clase, dio volteretas, saltó, corrió, pasó dos horas con esa hoja en su mano,

como si esa hoja que recortó para él y en la que puso su color favorito dejará al descubierto su necesidad de escritura, una escritura sobre él, de que alguien escriba en su mirada, en su piel, en su memoria o en su vida.

Conmovida por esa hoja, compré un pequeño muñeco de Sonic y lo deposité en la caja de juguetes sin que él lo notara. Previo a esta clase suelo poner en esa caja diversos objetos no solo para Santiago sino también para otros niños. He puesto allí tubos u objetos agujereados para Jacobo, un estudiante autista que se interesa por los agujeros, herramientas de plástico para Alejandro que disfruta arreglarlo todo, pequeñas cajas de cartón para Isabella que construye edificios y muchos otros objetos.

Cuando los niños y niñas terminaron de realizar los retos del circuito de movimiento me pidieron jugar con los juguetes y las colchonetas. Le dije a Santiago que me ayudara a regar los juguetes en el piso. En cuanto vio el pequeño muñeco de Sonic se le iluminaron los ojos, se abalanzó sobre él, lo tomó en sus manos y salió corriendo a mostrárselo a los demás. No lo prestó, pero hizo que los otros niños se sintieran interesados, no sé muy bien si el interés estaba relacionado con que fuera Sonic (un personaje de moda) o con la vitalidad y el semblante que podía verse en Santiago al sostener este juguete. Como una manera de ayudarle en el tejido de este lugar, le sugerí que eligiéramos un lugar especial para guardar el juguete, así cada vez que él estuviera en clase podría tomarlo.

Desde hace un largo tiempo ese muñeco de Sonic sigue puesto en el mismo lugar esperando por Santiago.